

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

ADVERTENCIA.

Para el mejor servicio de nuestros suscritores les suplicamos que dirijan la correspondencia al Administrador de «El Centro Católico», Lain-Calvo, 16. Y de nuevo rogamos á los que se hallen en descubierto con EL BOLETIN DOMINICAL, que se apresuren á enviar sus atrasos, para no vernos en la dolorosa precision de borrar sus nombres del número de suscritores.

SERMON

para la 2.^a Dominica de Adviento.

(Conclusion.)

Bajo el influjo maléfico de la impureza se oscurece el don de la inteligencia y se pierde la ciencia de vivir bien; el entendimiento pierde su actividad y

energía; la voluntad se enerva; la memoria se disminuye, y la razón, tan noble y poderosa se envuelve en espesas tinieblas y se rodea de cadenas voluntarias. *Ignis est usque ad perditionem devorans.* Pero donde el fuego devorador de la lujuria ejerce principalmente su actividad destructora, es en el orden sobrenatural, en los dones de la gracia que son los que constituyen la nobleza y las riquezas del alma, porque la fé del hombre lascivo es una fé muerta, su esperanza se convierte en presuncion, y la caridad y demás gracias justificantes, la humildad, la justicia, la tempianza, hasta los gérmenes de las virtudes desaparecen devoradas por el fuego de la concupiscencia. *Ignis est omnia eradicans genimina.* Poderoso el vicio de la lujuria para destruir en el hombre todo

género de virtudes, no lo es menos para engendrar todo linaje de vicios. La lujuria arrastra al hombre á cometer los mas grandes pecados y los mas horribles crímenes. Si no temiera molestarnos, alargando este discurso mas allá de sus justos límites, abriría el libro de la Historia antigua y moderna, os leería unas cuantas páginas, algunas páginas solamente, porque están manchadas de cieno y de sangre; pero ellas bastarian para haceros mirar con horror profundo una pasión que envilece á los hombres, que provoca las iras del cielo, y cubre de males la tierra. Citaré un solo hecho que está indicado en el Evangelio de este día. Reinaba en la Judea el príncipe Herodes, hijo de aquel otro Herodes, que degolló bárbaramente millares de niños. Era dicho príncipe de espíritu relajado, de condición sanguinaria, de génio despótico, un mónstruo de la humanidad, dominado de feroces instintos y de bestiales apetitos, sin que hubiese freno alguno, capaz de reprimir su feroz libertinaje. Pero como este vicio, cuanto tiene de tiránico otro tanto tiene de caprichoso; como roto el freno del pudor, ya no hay barreras para contener el ímpetu de las locuras, aquel hombre voluptuoso come-

tió el hábraro crimen de arrancar por la violencia á su hermano Felipe su legítima mujer, para vivir con ella en torpe concubinato.

La voz del Bautista resonaba á la sazón en las riberas del Jordan intimando á las gentes el Bautismo de penitencia. Este profeta del Altísimo que vino con la virtud y el espíritu de Elias, encendido con el fuego de aquel profeta de Dios, hecho todo llamas, ardiendo su corazón en santo celo presentáse en la corte de Herodes, le dice: *No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Non licet tibi habere uxorem fratris tui.* Las verdades amargan: esto bastó para que el valeroso profeta incurriese en la indignación y desgracia de Herodes. Vedle, en efecto, cargado de cadenas, sepultado en un calabozo, sin mas delito que su inocencia. Continuemos.

Cuando un hombre ha llegado á romper el freno del pudor, ya no hay diques que le contengan; ya no hay barreras para el ímpetu de sus locuras. Tras un pecado viene otro pecado, tras un crimen viene otro crimen como un abismo llama á otro abismo. Trasladáos ahora en alas de vuestro espíritu á la ciudad de Jerusalem, y penetrad en el palacio de Herodes. Mientras el inocente, el puro,

el malvado, el bárbaro Herodes, aquel móstruo de la humanidad, aquella bestia coronada, celebra en su palacio con gran pompa y magnificencia la fiesta de su cumpleaños, acompañado de todos los magnates del reino. No me detengo á informaros de los pormenores del festin, pero si os diré que no faltaron las danzas lúbricas y los bailes impúdicos. Una hija de Herodias, llamada Salomé, bailó con tanta desenvoltura, con tal aire de voluptuosidad y gentileza, que entusiasmó á la concurrencia, y agradó tanto al impúdico monarca que dispuso su corazón para hacerle cualquier gracia, y dirigiéndose á ella, le dijo: «*Pide cuanto quieras, aunque sea la mitad de mi reino.*» Aquella desenvuelta jóven corre á informarse de su maldita madre, y como ésta aborrecía de muerte al santo precursor, por haberle echado en cara sus maldades y torpezas, dice á su hija: «*Pídele la cabeza de Bautista.*» Herodes se turbó á tan atroz petición, pero pudo mas la pasión vergonzosa que la justicia y la verdad. No quiso disgustar á aquellas funestas mugeres, accedió por último á tan bárbara de-

ta petición en punto la cabeza ensangrentada del Bautista como obsequio tributado á la infame saltatriz. Reclamo todavía por unos momentos vuestra benévola atención y quiero que me digais: ¿quién ha convertido á Herodes en un mónstruo de iniquidad, de fiereza y de barbarie? ¿Quién ha inspirado á ese hombre proyectos tan inhumanos, y moviéndole á cometer crímenes tan horrendos? ¿Quién ha corrompido el corazón de Herodias hasta el punto de moverla á pisotear con inaudita desvergüenza las leyes santas del matrimonio con el sacrilegio del adulterio y la infamia del concubinato? ¿Quién ha depravado su corazón de mujer hasta el extremo inconcebible de convertirla en un ser mas cruel que una fiera, mas sanguinario que una hiena? ¿Quién ha pervertido á aquella jóven infeliz hasta el punto de hacerla perder, no solo la honestidad sino hasta el pudor que es lo último que se pierde? ¿Quién ha cometido el horrib'e pecado de hacerla cómplice de tan espantosos delitos?

Contemplad todavía esta escena abominable, fijad vuestra vista en aquella bandeja ensangrentada, examinad aquella cabeza

venerable y digna de eternos laureles; mirad aquel rostro pálido y desmayado; mirad aquellos ojos cerrados mas por el horror del crimen, que por temor de la muerte; mirad inmóvil y muda aquella boca de oro que pronunció los oráculos del cielo; mirad aquella lengua angélica, órgano del Espíritu Santo, ultrajada por la infame Herodías y traspasada con la aguja de sus cabellos; mirad, finalmente, en toda su horrible desnudez esta escena de horror y de espanto; y decidme: ¿Quién ha sido el autor de tantos horrores? ¿Quién ha encendido el fuego de tantos ódios y de venganzas tan atroces? ¿Quién? La lujuria; solamente la pasión de la lujuria es capaz de desencadenar con tanto furor las bastardas pasiones y los groseros instintos que anidan en el corazón humano; solo la lujuria porque solo esta pasión ha podido crear tres tipos tan horribles, tres seres tan abyectos y degradados como Herodes, Herodías y Salomé. Solo la lujuria pudo inspirarles tan vergonzosos pecados y atentados tan horribles que no pueden oírse sin indignación y estremecimiento. Ved ahora á la luz de estos ejemplos las funestas consecuencias, el término fatal á que conduce á los hombres el pecado de la lujuria.

ria. Me parece que he dicho bastante, que he presentado á vuestra consideracion motivos poderosos y pruebas concluyentes para que mireis con horror el vicio de la impureza, toda vez que nos despoja de los dones naturales y sobrenaturales, que apaga en nuestro entendimiento la luz de la fé y mata en nuestro corazón todo sentimiento noble y generoso, arrancando hasta los gérmenes de las virtudes; que coloca al hombre en la pendiente de todos los vicios y le hace descender á la categoría de los brutos, que nos arrebató la paz de la conciencia, las dulzuras de la virtud, el timbre glorioso de hijos de Dios, y el derecho al reino de los cielos; porque escrito está que los impuros, los deshonestos, los fornicarios no entrarán en la mansión de los bienaventurados, pero tambien está escrito que los limpios de corazón verán á Dios por eternidad de eternidades. Amen.

Z. M.

VARIEDADES.

La muerte de un malvado.

Sicut vita, finis ita.

En tiempos de la revolución francesa los condenados á muerte eran tan numerosos en Rennes como en las demás ciu-

dades de Francia. Y como la guillotina no segaba las cabezas bastante de prisa para satisfacer la sed de los monstruos que asolaban á Francia, se abrió un banderín de enganche para verdugos *de doce años!* Entregábase un fusil á cada uno de ellos, y colocándolos delante de un peloton de realistas se les manda hacer fuego *para que se ensayasen!*

Figuraba entre los tigres que habian promovido que se formara este batallon, un famoso revolucionario á quien llamaremos Dubois, que ha fallecido hace algunos años. Antes de la revolucion, Dubois estudiaba la carrera eclesiástica en el seminario. En él habia conocido á un compañero de estudios, que llegó á ser su íntimo amigo, y mas tarde, Cura perseguido á muerte, mientras que Dubois ocupaba altos puestos ó gozaba de gran privanza entre la gente revolucionaria.

Ocultóse el pobre cura en el mismo Rennes, que ofrecia mas facilidades que la aldea donde ejercia su ministerio, en casa de unas jóvenes tan nobles como piadosas, las señoritas de Renac, quienes le albergaron en un escondite, perfectamente disimulado é ignorado de todos.

La familia de las señoritas de Renac habia hecho algunos favores á Dubois, favores de que no obstante sus excesos deplorables y su conducta revolucionaria, parecia conservar cierto recuerdo y cierto agradecimiento. Aprovechando la privanza de que gozaba entre los revolucionarios que entonces gobernaban, dejaba á las señoritas de Renac disfrutar una libertad relativa en aquel tiempo de terror.

Algunas veces, hablando con ellas, ha-

bia sacado á colacion el nombre del Cura, su antiguo amigo, y manifestado vivos deseos de encontrarle algun dia para serle útil, asegurando que su dicha mayor seria probar á su antiguo amigo que si sus opiniones habian cambiado, su corazón habia continuado siendo sensible á la memoria de una buena amistad.

Una noche, Dubois llegó á casa de las señoritas de Renac á hora bastante avanzada. Pusieron éstas algunas dificultades para abrir; pero él insistió tanto, que la entrada le fué franqueada.

—No me disculpo de venir á estas horas,—exclamó al entrar,—porque va en ello vuestra seguridad. Salgo ahora mismo de una junta; en la cual habeis sido delatadas ante el comité de salud pública, como encubridoras de un Cura que ocultais en vuestra casa. Como han nombrado al Cura, y es justamente mi amigo, yo he sostenido lo contrario;—la mayor de las hermanas le interrumpió con mucha sangre fria.

—Y nos haceis justicia, porque somos inocentes.

Lo creo,—replicó el republicano,—pero no he podido lograr persuadir de ello al comité. Así es, que éste ha resuelto que esta misma noche se haga en vuestra casa una visita domiciliaria.

—¡Cielos!—gritó aterrorizada la menor de las dos hermanas.—¡Que vá á ser de nosotras!

—¡Qué temes?—la dijo su hermana.—La visita demostrará que somos inocentes.

Al pronunciar estas palabras, notó que Dubois la miraba fijamente como si intentara penetrar en sus verdaderos sen-

timientos. Turbóse la joven, un vivo carmin encendió su semblante y púsose a temblar. El revolucionario, que había ya adivinado lo que la turbaba, se levantó exclamando:

—Aquí está el que buscan. Vosotras no sabéis fingir. El grito de la una y los temblores de la otra, os han vendido. Ea, dadme el gusto de salvar á mi primer amigo: ayudadme á arrancarle la muerte.

—¡Ah! ¿qué podremos hacer nosotras para arrancarle á la muerte?—preguntaron ambas hermanas al mismo tiempo.

—Enseñadme el sitio donde se oculta, respondió con una mirada en que brillaba la alegría.—Daos prisa, hacédle salir, y sin pérdida de un instante yo le daré los medios de evadirse de Rennes. De aquí irá á mi casa de campo, donde nadie le buscará ni molestará. Harto lo sabís: yo no soy sospechoso. Esta noche vendrán á visitar esta casa; pero cuando vengan, el pájaro habrá volado, y estará bendiciendo de lejos a sus salvadores.

—¡Oh, sí, sí! Nosotras también os bendiremos,—dijo la mayor.—Venid, habéis triunfado de mis temores y de mis incertidumbres. Aquí, efectivamente, está oculto vuestro amigo. El ha podido oír toda nuestra conversacion desde su cuarto.

Al decir esto, la piadosa y confiada señorita de Renac había abierto la puerta secreta. Salió el Sacerdote, que lo había oído todo, y arrojóse en los brazos de su antiguo compañero de Seminario, llorando de alegría y sin poder pronunciar una palabra. El revolucionario le apretaba y estrechaba; pero no como el amigo que

abrazaba al amigo, sino como el tigre que sujeta á su presa.

—¡Adentro, adentro,—gritó con una voz de trueno—¡Ya es nuestro, ya no escapará á la venganza nacional, ni él ni las mujeres que intentaban robárnoslo!

—¡Huid!—exclamó el anciano Sacerdote á las señoritas de Renac.—Quizá tendréis tiempo de escapar todavía.

—¡No, no!

Era inútil, por lo demás. Los soldados y gendarmes aparecieron inmediatamente en la habitacion y se llevaron á aquel santo ministro del Señor y á sus piadosas y confiadas defensoras, que fueron en seguida encerradas en sendos calabozos.

Al día siguiente, las pobres muchachas vieron al anciano Sacerdote que las precedía camino del suplicio. Llegados al pié del cadalso, volvióse hácia aquellas que iban á morir por haber querido salvarle la vida, y les dijo:

—¡Yo os bendigo! ¡Por vosotras será mi última plegaria! ¡Dios mió! ¡Dadles la fuerza de los mártires!

Su oracion fué escuchada. Ambas murieron sin flaquezas, y volaron al cielo poco despues que el santo que las acababa de bendecir.

Pero el proceder infame de Dubois provocó un horror tan grande, áun entre los mismos revolucionarios, que desde aquel momento pasó ya por mónstruo de perfidia y de crueldad.

Los sucesos vinieron á lanzar del poder á los terroristas, y llegaron á borrar paulatinamente las manchas de sangre; pero no lograron amenguar la repulsión que inspiraba aquel viejo jaco-

bino. Los transeúntes le señalaban con el dedo en las calles y plazas, las mujeres se apartaban de él cuando le veían llegar; todo el mundo huía de él como de un demonio. A falta de arrepentimiento, aquel desgraciado llegó á sentir como una vergüenza de los hombres, acabando por no salir de su casa durante el día. Por la noche solía aventurarse á tomar el aire por los sitios mas retirados; pero andaba sombrío, inquieto, y temblando y deteniéndose á cada paso. Una noche revolviendo probablemente en las negras profundidades de su alma el recuerdo de sus crímenes, andaba á la ventura, cuando de pronto se encontró en el paseo de la Molle, plaza circular donde se vé todavía la casa solariega de los Renac.

—Como nadie me vé—exclamó el malvado,—nadie me maldice.

Una voz aguda pronunció su nombre súbitamente.

—¿Quién me llama?—respondió temblando.

—¡Las señoritas de Renac!—contestó la voz.

Miró á su alrededor; pero á nadie vió, ni cerca de él, ni en toda la plaza. Hallábase frente á la morada de sus victimas. Mucho de terror, creyendo que la voz que ha oído es la voz de aquellas pobres jóvenes, acha á correr. Un sudor frio bañaba su frente, un temblor convulsivo agita sus miembros. Precipita el paso sin atreverse á volver la cabeza, llega á su casa, pide luces imaginando que va a salir de las tinieblas que convierten su conciencia en un infierno, y luego, dirigiéndose á su criado, exclama:

—Quédate conmigo. No me abandones

no quiero estar jamás solo. ¡Ay! ¡si aquella voz pudiera callar! ¡Ay! ¡si yo pudiera dormir!

Se acuesta, declárase la fiebre, aumenta el delirio, y en sumo, su agitacion es horrible.

El desgraciado que le sirve de criado se espanta, y corre á llamar al médico y al cura.

Este llega el primero. El moribundo lo vé.

¿Quién sois?—suspira.

—Un sacerdote—responde el ministro del Dios de las misericordias.

—¿Un sacerdote?... ¡Pues huid pronto! ¿No sabeis que yo mato á los curas? ¿No sabeis que llevo muertos á muchos?

--Pero queda todavía uno para perdolaros,—respondió el sacerdote. Yo vengo á reconciliaros con Dios.

—¿Con Dios???—rugió con una voz espantosa aquel desventurado impenitente.

—¡No creo en Dios!

Y el desventurado, vomitando blasfemias y revolviéndose en atroz agonia, entregó el alma á Satanás, expiando así sus bárbaros crímenes y el olvido insensato en que siempre viviera de su Dios.

LEON.

—==—

Los perros de Licurgo.—Rogaron una vez á Licurgo que pronunciara un discurso sobre las ventajas de la educacion con objeto de que el pueblo, arrastrado por su persuasiva elocuencia, se dedicara á enseñar á sus hijos, de acuerdo con los preceptos de la moral.

Accedió el sábio á ello, mas pidió un año de plazo. ¿Para qué tanto tiempo? No improvisa él en dos minutos arengas

que conmueven las masas? Sin embargo se convino concederle la prórroga que deseaba.

Pasado el año, se presentó Licurgo en la plaza pública, donde el pueblo lo esperaba ansioso. Llegó, llevando dos perros y dos liebres. Sin decir palabra soltó una liebre, y enseguida un perro. Este se lanzó sobre el pobre animalito y lo mató, devorando sus entrañas aun palpitantes.

Luego dió libertad á la otra liebre y al segundo perro. Mas no hizo el buen can lo que su compañero, sino que se acercó á la liebre, le prodigó mil caricias, y se puso á jugar con ella, como si fuera su mejor amiga.

Entonces Licurgo, volviéndose al pueblo, le dijo:—«Hé aquí los efectos de la educacion. Yo he pasado un año *educando* á este perro y enseñándolo á que no haga daño á las liebres. El otro no ha sido educado; por eso no obedece sino á instintos brutales.

Igual al primer perro, el hombre sin educacion se dejará arrastrar sólo por sus pasiones, y devorará á todo el que se oponga á ellas. Escoged, pues, y ved qué quereis que sean vuestros hijos.

El pueblo, entusiasmado, llevó á Licurgo en triunfo sobre sus hombros, y desde entonces se dedicó con asiduidad á la educacion de sus hijos. Tanto pudo en él un ejemplo tan bien presentado.

En efecto: una educacion acertada refrena las pasiones, reforma las costumbres, hace al malo bueno, y culto al ignorante.

El niño es como la cera, dócil como la arcilla en manos del alfarero, y suscep-

tible de tomar la forma que quiera dársele.

No se culpe al hombre ignorante y malo, si no ha tenido buenos padres y hábiles maestros. Cúlpese á los que no han querido ó sabido educarlo.

—=—

Buena disposicion.—En Belgica, despues de haberse concedido el descanso dominical á los empleados de Correos, Telégrafos y Ferro-carriles, se ha impuesto á los contratistas de obras por el pliego general de condiciones 'la obligacion de no trabajar ni hacer trabajar á los obreros el domingo.

En España, nuestros gobernantes son los primeros que infringen el precepto dominical, permitiéndolo con gran escándalo del pueblo católico, si no ya ordenando, que se trabaje en las obras del Estado.

COLECCION

DE

Sermones, homilias y panegíricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.